



Universidad Austral de Chile

---

*Conocimiento y Naturaleza*

**Clemente Riedemann**

*Rewind*  
*Memorias Literarias*

Ediciones  UACH

Colección Biblioteca Luis Oyarzún

Esta primera edición en Chile en 500 ejemplares de

**REWIND**

Memorias Literarias  
de Clemente Riedemann

se terminó de imprimir en septiembre de 2023  
en los talleres de Larrea Marca Digital

 (56-2) 23272914  
[www.larreamarcadigital.cl](http://www.larreamarcadigital.cl)  
para Ediciones Universidad Austral de Chile

 (56-63) 2444338  
[www.edicionesuach.cl](http://www.edicionesuach.cl)  
Valdivia, Chile

*Dirección editorial*  
Yanko González Cangas

*Cuidado de la edición*  
César Altermatt Venegas

*Diseño y maquetación*  
Silvia Valdés Fuentes

*Imagen de portada*  
Ilustración de Roberto Arroyo

Todos los derechos reservados.  
Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos  
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Clemente Riedemann, 2023  
© Universidad Austral de Chile, 2023

ISBN: 978-956-390-238-9  
880CH - Literatura chilena / DNC - Memorias

## **CONTENIDO**

<b>Preámbulo: Por un simple giro del destino</b>	<b>11</b>
<b>Luis Oyarzún: «¿Será el cielo un volantín?»</b>	<b>15</b>
<b>Nicanor Parra: Para mayores de cien años</b>	<b>23</b>
<b>Jorge Teillier: Soy una leyenda</b>	<b>53</b>
<b>Víctor Jara o el temor a los símbolos</b>	<b>65</b>
<b>La ciudad sin Torres</b>	<b>71</b>
<b>Feriado de restricciones</b>	<b>79</b>
<b>Hernán Miranda Castillo, pintor chileno</b>	<b>83</b>
<b>Lafourcade</b>	<b>89</b>
<b>Tantos chicos sentados junto al fuego</b>	<b>93</b>
<b>Miles Davis: Adiós pájaro negro</b>	<b>99</b>
<b>Una revista imaginaria</b>	<b>103</b>
<b>Encuentro con la Carmela en San Rosendo</b>	<b>115</b>
<b>En La Última Frontera con Nelson Schwenke</b>	<b>119</b>
<b>Maha y Mackandal</b>	<b>137</b>

## PREÁMBULO

### Por un simple giro del destino

El título *Rewind* del presente volumen remite al concepto de rebobinar o volver atrás a un pasado relativamente cercano, que es la atmósfera de esta compilación de relatos evocativos; por otra, el origen ciertamente enigmático del término puede presentarse como extemporáneo, trasladando al subtítulo *Memorias literarias* la responsabilidad de informar sobre su contenido. En efecto, se trata de retratos hechos en la circunstancia privilegiada del encuentro presencial. En ellos predomina el enfoque de plano medio, que permite integrar la figura en un contexto cultural y a la persona accionando con su creación. Esto es así, además, porque se trata de experiencias concretas, pero ocasionales, que han intervenido por largo tiempo en mi imaginario personal, al punto de visualizarlas casi en la forma de hologramas. Deseamos que, cuando menos, una parte de tal vivacidad se traslade a los amables lectores y lectoras de este libro.

Recordar y valorar lo vivido y lo obrado por y con los demás tras el objetivo de darlo a conocer a nuevas generaciones de lectores es un privilegio, pero contiene el riesgo de que se lo tome como un único punto de vista y no como un boceto de aproximación entre muchos otros posibles. Así, lo relevante de estas semblanzas reside en los afanes de estas personas, por sobre sus características personales.

De este modo, los hechos, es decir, lo concreto en la memoria cultural, aspira a facilitar una aproximación en la configuración de los personajes evocados en su integridad, propiciando que la lectura complete por sí misma un retrato particular. Rememorar los asuntos vividos con otras personas no implica necesariamente «nostalgia», sino hacer justicia a lo obrado por los otros y otras a quienes se recuerda; y es también un valioso ejercicio crítico de autorreconocimiento, por lo que vayan estas primeras semblanzas como una manera de agradecer a estos seres humanos que contribuyeron de manera significativa en la construcción de mi imaginario, compartiendo sus saberes y estimulándome, primero para descubrir y luego para continuar adelante con el oficio de escribir.

Versiones de algunos de estos relatos —más o menos acabados— han sido compartidos de manera presencial en diversas actividades literarias o, en la forma de fragmentos esparcidos en el tiempo, divulgados en diarios, revistas y espacios digitales, lo que abarca un periodo de comunicaciones literarias cercano a las cuatro últimas décadas, aunque en el plano biográfico personal implican recuerdos que van aún más atrás en el tiempo. No obstante, nada impide que, aquí reunidos, alcancen nueva energía y nuevos lectores, prestando utilidad como memorial de época.

Por último, cabe reconocer que este libro es producto de *un simple giro del destino*, puesto que me he decidido a reunir y estrujar la memoria sobre estas experiencias a raíz de una invitación hecha por Ediciones Universidad Austral de Chile, dirigida por Yanko González Cangas, a quien expreso mi gratitud por integrarme en este proyecto

rememorativo; también a Ricardo Mendoza Rademacher por la suma de datos de diversa índole aportados para la mejor información de estos relatos; y a Beatriz Gutiérrez Recabarren por sus oportunos comentarios y sugerencias sobre los borradores de los textos escritos especialmente para este libro.

El autor

*La Reina, Santiago.*

*Verano de 2023.*

## **LUIS OYARZÚN: «¿SERÁ EL CIELO UN VOLANTÍN?»**

En su libro de memoria formativa el escritor Hernán Valdés<sup>1</sup> describe un azaroso y melancólico encuentro con Luis Oyarzún en una calle de Santiago y, según aquel, este se refería a su estancia académica en Valdivia como «su destierro». Valdés le describe como «un hombre rechoncho, oscuro, de pasitos cortos, perdido en un mundo que ya no reconoce».

Quién sí conoce y reconoce, es el propio cronista cuando afirma que Oyarzún es «uno de los raros hombres universales que han existido en el país, uno de los más lúcidos y sensibles, un hombre poseído por la pasión de ver, como dirá Jorge Millas».<sup>2</sup> Pero también, agrega Valdés, «un hombre derrotado por el desamor».

### **El profesor Oyarzún**

Oyarzún llegaba a clases con un pequeño libro que sostenía con una mano contra su pecho. En la otra acarreaba un desvencijado maletín de cuero a medio cerrar, cuyas lengüetas agujereadas no acababan de introducirse en

.....  
1 *Fantasmas Literarios. Una convocatoria*. Taurus, Santiago. 2018.

2 Prólogo a la primera edición de *Defensa de la Tierra*. Ed. Universitaria, Santiago. 1971.

las hebillas y lucían enroscadas como si fuesen hebras de las plantas resacas del desierto. Quizás había estado consultando tal libro la noche anterior o a la hora del desayuno y a partir de él procedería con la charla de la clase.

Había un vínculo íntimo entre aquel maletín y su aspecto general. Lucía una corbata habitualmente desacomodada y sus mejillas y su nariz tenían una coloración rosa. Partía con una pregunta que él mismo se encargaba de responder durante la clase. En realidad, toda la clase giraba en torno de ella y solo en la parte final leía fragmentos del libro elegido, a modo de refrenda o sentencias que sugerían una reflexión.

Todo su discurso era un encantamiento verbal donde uno observaba la estética del pensamiento que él quería transmitir. Recuerdo que, luego de sus clases, lo que quedaba flotando en la conciencia, más que ideas, eran sensaciones. Con los años pienso que el placer de oír el castellano de su oratoria, mediado por citas y aforismos en otros idiomas, me impedía entonces realizar el ejercicio de la conceptualización, tan caro a la experiencia académica.

Era un profesor riguroso. Le desagradaba que alguien malempleara las palabras. Siempre estaba corrigiendo el sentido de ellas, de sus acepciones y la pertinencia de su empleo. En este sentido, participar en clases con preguntas o comentarios era para mí y mis compañeros una experiencia relativamente angustiosa. Me pasaba lo mismo en las clases de su congénere, Jorge Millas. Pero quizás el interés por llegar algún día a expresarme de un modo correcto, bello y pleno de sentido, se debió a que tuve el privilegio de contar con maestros tan insignes.

## Oyarzún entre amigos

En la Valdivia de los años previos al golpe de Estado, Oyarzún gozaba de un enorme prestigio en la bohemia de los círculos intelectuales. Se sabía que si él estaba invitado a un coloquio informal, entre amigos, sería el centro de la atención. Algo así como ir a escuchar una sonata, delicada y delirante, el equivalente a fumarse un porro. Casi ni importaba sobre qué discurría. Era el tono, el ritmo, la fluidez, la pertinencia de las citas, el humorismo —a la vez sutil y agudo— que vaya a saber uno cómo se integraban en su mente receptiva y fértil.

Orador atento, gustaba de hacer una pregunta a quien veía menos interesado y en la respuesta de aquel, cualquiera que hubiera sido, organizaba la consecución de su discurso sin mengua en la brillantez antecedente. Hoy sé que era un genio superior, pero entonces no lo sabía. Así que viví ese privilegio un poco a tontas y a locas, como quien espera de la vida cosas mejores. A veces, en oradores mexicanos o españoles he podido reconocer atisbos de esa impronta. Pero en Chile no. Nuestras autoridades políticas o nuestros comunicadores son, en general, iletrados en la estética de la palabra. Digamos que el pragmatismo desplazó a la belleza en el uso de la palabra y poco importa cómo se digan las cosas, amén de decir lo sustantivo.

En el ánimo de Oyarzún parecía habitar el compromiso de decir lo que había que decir de un modo bello. Los encuentros que mejor recuerdo son aquellos que se realizaban en la casa del dramaturgo Juan Guzmán Améstica, ubicada a un costado del muelle de La Peña. En ese lugar se juntaban la belleza del río al atardecer, la silueta de los

vapores avanzando bajo la luz de la luna, el cielo estrellado sobre el mesón ahíto de botellas y platos en torno al cual se desarrollaban las conversaciones. Era como si Oyarzún desease, con su palabra, ser parte de esa maravillosa sincronía entre cultura y naturaleza.

## **Encuentro en la Plaza de Armas**

En plan de parranda, me quedé a solas con Oyarzún en una esquina de la Plaza de Armas de Valdivia. Era 1972, el año de su muerte. Los demás amigos habían cruzado la calle para ir a preguntar por el precio de las piscolas en «La Cabaña» o «El Conquistador», lugares que frecuentábamos casi a diario, tanto para iniciar como para reparar las juergas. Luego de unos instantes de incómodo silencio, Oyarzún preguntó: «¿Y usted a qué se dedica, joven Riedemann?». Sorprendido de que ubicase mi apellido, no atiné a decirle sino lo que consideré entonces una sandez y la mayor siutiquería del mundo: «Estoy tratando de escribir poemas. Pero no sé si lo son». Luego de un silencio, en el que me pareció que para Oyarzún significaba un trago amargo, dijo: «Mejor que no lo sepa. Eso es bueno para la poesía». Su respuesta me produjo tal desconcierto que ya no atiné a más nada. Por fortuna regresaron los amigos y nos fuimos a beber y a conversar «sobre lo que saliera» en esos bares de antes del golpe donde se hablaba de todo sin remilgos. Pero como era joven y pesimista, estuve todo el rato pensando en la dimensión negativa de aquellas palabras.

Ahora que han pasado los años —aún más veloces de lo que se pudo prever— reconozco que aún no sé lo que

es la poesía, a pesar de haber escrito varios libros. Pienso que sigo adelante por haber tenido oportunidad de oír las palabras de Oyarzun, que no me decían nada, cierto, pero me abrían puertas a la incertidumbre que, como lo supe después, es por donde en realidad avanza la vida.

## **Defiende la Tierra**

Cuando se publicó *Defensa de la Tierra* (Ed. Universitaria, 1971) casi nadie en Chile sabía lo que era la ecología tal como hoy la conocemos. Quizás ni Oyarzún imaginaba lo que iba a ocurrir en las décadas posteriores, incluida la fundación de una escuela dedicada a ello en la misma Universidad Austral. Pero él pudo comprender antes de tiempo, como Nicanor Parra, que nosotros y todo lo que la tierra contiene somos una sola cosa. Que no somos dueños de ella, sino sus usuarios ocasionales, tanto como lo son los árboles, los pájaros y los demás animales.

Ese libro no es solo premonitorio respecto de la deforestación y el avance de la desertificación, sino un llamado de atención al poder para que se haga cargo de detener el proceso de contaminación creciente y la pérdida biológica ante el avance irracional de la industrialización. Como somos un país que está aún en trámite de serlo verdaderamente, no le hicimos caso. Casi todo lo que este libro anuncia como amenaza, cuarenta años después se ha hecho realidad. ¿Cuántas hectáreas de bosque quemadas? ¿Cuántos ríos y quebradas secos? ¿Cuántas especies arbóreas desaparecidas? ¿Cuánta fauna y flora silvestres en vías de extinción como resultado de la depredación humana?

La temprana lectura de este libro ayudó a mi generación a tomar conciencia de nuestros deberes ciudadanos respecto del medioambiente y fue eso lo que transmitimos en nuestros libros posteriores, donde el tema ecológico se convirtió en un elemento identitario, al menos en el sur de Chile. Las advertencias de Oyarzún comunicadas en este libro pionero fueron comprendidas en 1971 como una necesidad de incorporar el paisaje como una extensión de nuestra identidad biológica y que nuestra misma sobrevivencia dependía de la protección de los recursos naturales.

Leído ahora produce un sentimiento trágico por un sistema de gobernanza que no atendió oportunamente las advertencias y recomendaciones de sus pensadores más lúcidos y que prefirió, una y otra vez, circunscribirse a los parámetros económicos de corto plazo para tomar sus decisiones. Así, siempre atrapados en las urgencias de la inmediatez, nuestros gobernantes no tienen oportunidad de levantar la vista y estudiar en las líneas del horizonte las vías hacia la sustentabilidad de nuestras comunidades. La publicación de este libro fundamental nos ayudó a comprender que la responsabilidad intelectual de un escritor no se limita a escribir buenas líneas, sino que compromete la totalidad del pensamiento en relación con el ser y el estar en este mundo.

## **Oyarzún ingresa al Cementerio Municipal**

El día del funeral de Oyarzún llovía «a chuzos», una manera que tiene la lluvia de desplomarse sobre Valdivia, con cielos por completo encapotados de estratos negros,

grises y blancuzcos, acompañados por ventiscas que hacen volar sombreros y revertir paraguas.

Era como si toda la fuerza de los elementos quisiese acallar los discursos a pie de féretro y tornar más triste la pérdida de esta gran persona, bella en su propia tristeza de alma incomprendida, cuando no vilipendiada por las opciones existenciales e intelectuales que le cupo asumir en vida. Todo ello incrementado por el feroz horizonte político que se avecinaba y que daría a los depredadores aún más poder para continuar arrasando con la vida de árboles, animales y personas.

Con gran dificultad y empapados por el temporal, un grupo de académicos de la UACH intentaba alzar e introducir el ataúd de Oyarzún en un nicho ubicado en el cuarto nivel de la estructura de cemento, lo que pudieron hacer luego de varios intentos fallidos. Acompañado por Jorge Torres, Jorge Ojeda y Juan Guzmán Améstica, resistíamos la escena con las cañuelas tiritando, en parte por la emoción y en parte por el agua que se colaba por las estrías de nuestros impermeables. El barro se acumulaba entre los sepulcros y moldeaba el contorno de nuestros zapatos, quizás un poco de la buena tierra que Oyarzún tanto había defendido.

\* \* \*

Una vez consumado el golpe de los militares traidores, prácticamente toda la Facultad de Filosofía y Humanidades, desde el decano hasta los porteros, incluidos administrativos, profesores y estudiantes, fuimos a parar a la cárcel de isla Teja, donde podíamos reunirnos en torno a una misma carreta. No todos ni todas. Varios habían

sido fusilados, otros estaban desaparecidos. Quizás unos pocos habían alcanzado a huir hacia Argentina (donde finalmente los atraparían y asesinarían).

Así que las reuniones en la carreta nos permitían en parte, bloquear el dolor, el miedo y la incomunicación con nuestras familias. El exdecano Guillermo Araya tuvo allí un papel relevante. No solo nos levantaba el ánimo, sino que nos regalaba con charlas sobre lingüística y literatura. Pronto se sumaron otros profesores y las temáticas fueron diversificándose. El recuerdo de Luis Oyarzún aparecía con frecuencia y era como si hubiese estado con nosotros compartiendo esa desgraciada situación.

Una tarde, verano del 74, estábamos un pequeño grupo de universitarios tendidos con las manos tras la cabeza disfrutando con el calor del sol y la vista del inmenso cielo azul que se expandía ante nosotros. Hablábamos por turno de pasajes felices de nuestra infancia y con el correr de los relatos nos fuimos entristeciendo. Hubo sollozos y luego un silencio prolongado. Al cabo, Grinor Rojo, que parecía uno de lo mejor preparados para lidiar con la vulnerabilidad que producen las emociones, citó un verso de Oyarzún: «¿Será el cielo un volantín?».

Fue tan sorprendente que todos nos dimos a la feliz tarea de contemplar el cielo sobre nuestras agobiadas cabezas. Y, no se sabe cómo, supimos en ese instante que saldríamos de allí con vida y que algún día, más temprano que tarde, volveríamos a movernos libremente por los confines de la Tierra.